

RAYMOND WILLIAMS: NOTAS PARA EL PRESENTE

RAYMOND WILLIAMS: NOTES FOR THE PRESENT

María Elisa Cevasco
Universidade de São Paulo
maece@usp.br



María Elisa Cevasco es Profesora titular del departamento de Letras Modernas en la Universidade de São Paulo, Brasil. Es Doctora en Estudios Lingüísticos y Literarios en Inglés por la Universidade de São Paulo, y se aboca a los estudios de la cultura y la teoría materialista, con especial énfasis en Fredric Jameson y Raymond Williams. Entre sus publicaciones de libros más destacados y traducidos al español se encuentran Para leer a Raymond Williams (2001) y Diez lecciones sobre estudios culturales (2013).



Resumen | | Este texto argumenta que la contribución intelectual de Raymond Williams es muy relevante para nuestros días de crisis de pensamiento contra hegemónico. Recapitula los principios principales de su teoría de un materialismo cultural y examina su potencial analítico y estratégico.

Palabras clave | | Raymond Williams, Materialismo cultural, Estudios culturales

Abstract | | This text argues that Raymond Williams's intellectual contributions is very relevant for our days of crisis of counter-hegemonic thought. It recaps the main tenets of his theory of a cultural materialism and examines its analytical and strategic potential.

Keywords | | Raymond Williams, Cultural materialism, Cultural studies



¿Por qué recuperar el pensamiento revolucionario de Raymond Williams en el siglo XXI cuando, dondequiera que miremos, la oscuridad parece predominar? Fallecido en 1988, él era el pensador del cambio, y hoy vivimos tiempos de igualdad, cuando, como Fredric Jameson dijo memorablemente, es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo y el modo de vida que determina (Jameson, 2001[1994]).

Vivimos, con mayor o menor resignación y conformismo, un tiempo de la pérdida del sentido de la posibilidad, tiempo de ausencia de alternativas, del ocaso de la posibilidad de imaginar un futuro más allá del existente.

Pienso que este momento nos demanda un regreso al pensamiento de Williams. Su proyecto intelectual, que se extiende desde 1958 hasta su muerte en 1988, tenía como objetivo resignificar las palabras clave que usamos para discutir la cultura y la sociedad, y con ellas, los parámetros que rigen el modo en que formulamos nuestros significados comunes e individuales, y construimos nuestros valores. El objetivo de ese proyecto era implementar una nueva forma de vida, y transformar el acto de pensar en otro recurso para una travesía de esperanza. Quiero señalar aquí el diferencial ético, teórico y estratégico de su obra que, pienso, puede ayudarnos a redirigir nuestros esfuerzos intelectuales en tiempos oscuros.

Hacia el final del libro *Cultura y sociedad. 1780-1950*, aquel que inaugura ese proyecto, presenta el imperativo ético que debe regir el trabajo crítico:

Hay ideas y maneras de pensar que contienen en ellas las semillas de la vida, y hay otras, tal vez en la profundidad de nuestra mente, con las semillas de una muerte general. La medida de nuestro éxito al reconocer unas y otras y nombrarlas para hacer posible su reconocimiento común puede

ser, literalmente, la medida de nuestro futuro. (2001[1958]: 275)

La combinación de ideas y modos de vida en un único paradigma es una marca de su pensamiento. Para él, una de las tareas del crítico que quiera promover las ideas como semillas de vida es examinar las categorías que utilizamos para pensar. Estas categorías encarnan un modo de vida y una visión del mundo. En 1958, "cultura" era una palabra clave para Williams, aquella cuyo significado era necesario expandir. El significado entonces vigente era resultado de un proceso que había estado, al menos desde el siglo XVIII, pensando en la producción de significados y valores, tarea de cultura, en un plano separado de la vida social, espacio ideal donde no había conflicto ni disputas. La producción artística era considerada el producto de un ser genial, destinada a una minoría selecta, quienes serían los encargados de instruir a aquellos no iniciados. Este fue el punto de partida para la constitución de una idea de cultura, proceso que desarrolla en el libro *Cultura y sociedad*. Vale la pena citar una de esas versiones más influyentes de la cultura. Se trata de una postura que, me temo, todavía aparece una y otra vez en las consideraciones contemporáneas sobre el tema:

En todos los períodos, la apreciación discriminada del arte y la literatura depende de una minoría muy restringida: muy pocos son capaces de juicio espontáneo y a primera vista (excepto que se trata de algo muy simple o familiar). Una minoría todavía restringida, aunque un poco más numerosa, es capaz de respaldar estos juicios originales a través de una respuesta personal y genuina (...) La minoría capaz no solo de apreciar a Dante, Shakespeare, Donne, Baudelaire, Hardy (para dar un ejemplo de los más grandes), sino también de reconocer a sus sucesores contemporáneos, constituye la conciencia de la raza (o de parte de ella) en un momento dado



(...) Nuestro poder para aprovechar las experiencias humanas más significativas del pasado depende de esta minoría, quienes mantienen vivos los aspectos más sutiles y frágiles de la tradición. De ella, dependen los patrones implícitos que ordenan las formas de vida más refinadas en una época, en el sentido de que algo aquí es más valioso que algo allá, que debemos ir por esta y no por aquella dirección. Le corresponde (...) preservar el lenguaje, el idioma cambiante del que depende la mejor forma de vida, y sin el cual la distinción del espíritu disminuye y pierde coherencia. Para mí, decir "cultura" es hablar del uso de este idioma. (Leavis, 1943)

Como puede verse, una visión restrictiva —donde la palabra cultura queda reservada para un pequeño número de actividades, en manos de un número también muy pequeño de personas, quienes tienen el poder de seleccionar lo que debe ser considerado arte y puede ser parte de una tradición. Es también, como corresponde con una visión idealista, bastante abstracta —encuentro particularmente reveladora la formulación "el sentido de que algo aquí es más valioso que algo allá, que debemos ir por esta y no por aquella dirección", dada sin ninguna explicación. En esta perspectiva, quienes forman parte de la minoría conocen la dirección, y no hay necesidad de especificarla. Se trata de una concepción elitista y, como tal, excluyente.

Williams sabe que el intento por definir la cultura de esta manera es una reacción a los innumerables cambios que han revolucionado la sociedad británica desde la Revolución Industrial. Era preciso forjar un espacio autónomo, donde se pudieran preservar los valores que definirían los caminos, comunes e individuales, de esa sociedad en la que todo lo sólido se desvanece en el aire, por usar la buena descripción de Marx. El elemento fundamental

de esta idea de cultura es hacer de ella un instrumento para evaluar la calidad y los propósitos generales de la vida de una sociedad. Los que controlan el sentido de la cultura arbitran valores. Esta visión idealista de la cultura traduce una visión conservadora del mundo, la cual impulsa un movimiento estratégico para preservar un determinado modo de vida. Es para contrarrestar este movimiento que Williams propondrá una manera más inclusiva de pensar la cultura, manera que se abre a la posibilidad de pensar sociedad y cultura como interconstitutivas:

Todas las sociedades poseen su propia forma, sus propias finalidades, sus propios significados. Todas las sociedades los expresan en las instituciones, en las artes y en el saber. Construir una sociedad significa descubrir significados y orientaciones comunes, y dicha construcción comporta un debate y una mejora continuos bajo las presiones ejercidas por la experiencia, el contacto y los descubrimientos, los cuales van inscribiéndose en el territorio. Allí es donde crece una sociedad, aunque también se hace y rehace en todas las mentalidades individuales. La construcción de una mentalidad supone, en primer lugar, el lento aprendizaje de formas, propósitos y significados que hagan posible el trabajo, la observación y la comunicación. Luego, en segundo lugar, pero con idéntica importancia, se somete a los mismos a la prueba de la experiencia, la construcción de nuevas observaciones, comparaciones y significados. Una cultura presenta dos aspectos: los significados y las orientaciones conocidos, para los que sus miembros han sido entrenados, y las nuevas observaciones y significados que se nos brindan para ser puestos a prueba. Así son los procesos ordinarios de las sociedades y las mentalidades humanas, y a través de ellos percibimos la naturaleza de una cultura: que siempre es tradicional y creativa a la vez, que se compone al mismo tiempo de los significados comunes más ordinarios y los significados



individuales más elaborados. Empleamos la palabra “cultura” en estos dos sentidos: para referirnos a una forma de vida en su conjunto, a los significados comunes, y para referirnos a las artes y el conocimiento, a los procesos especiales del quehacer creativo e innovador. Algunos autores reservan el término para uno u otro de estos sentidos; yo insisto en ambos y en la relevancia de su conjunción. Las preguntas que planteo sobre nuestra cultura son preguntas sobre nuestros propósitos comunes y generales, pero también versan sobre hondos significados personales. La cultura es algo ordinario en toda sociedad y en todas y cada una de las mentalidades. (2008[1958]: 39-40)

Esta visión abarcadora le posibilita a Williams construir una teoría que no solo desmonta la visión idealista de la cultura como apartada de la vida social, sino que también permite entender un aspecto esencial de la sociedad contemporánea cuando, al decir de Jameson, vivimos en un momento de

expansión prodigiosa de lo cultural a lo largo de todo el dominio social, al punto que puede decirse que todo, en nuestra vida social (desde el valor económico y el poder estatal, hasta las prácticas y la misma estructura psíquica), se ha vuelto “cultural”. (2012[1991]: 91)

Se trata de un tiempo cuando la lógica misma que rige al sistema es cultural.

Esta percepción de la centralidad cultural aporta, en la obra de Williams, un gran potencial de desarrollo teórico e intervención política, que va a expandir y renovar el campo de la crítica. Comencemos por el desarrollo teórico. Williams funda una nueva posición teórica que llamará materialismo cultural. Se trata de un proyecto que le da continuidad a la

tradicción marxista. Sabemos que, para esta tradición, lo fundamental es establecer cómo se dan las relaciones entre proceso social y proceso de formación de sentidos a través de la producción cultural. Marx no era, claro está, crítico cultural, aunque la observación que hace, en la “Contribución a la crítica de la economía política” (2019[1859]), de que la base —las relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio de desarrollo de las fuerzas productivas— determina a la superestructura —las actividades culturales o ideológicas— es central para una teoría materialista de la cultura. Williams le otorga a esa noción una productividad congruente con nuestro tiempo: para él, las nociones de base y de superestructura deben ser repensadas como un proceso. En su lectura, Marx no pensaba en áreas estancas, sino en procesos productivos, en una base que constituye las relaciones estructurales en donde se asientan las restantes actividades de la producción social. También, recuerda que, además de producir bienes, los hombres y las mujeres se producen a sí mismos y a su historia, y así, cuando pensamos en la base, tenemos que considerar la producción material de la vida, incluida la producción de formas de dar sentido a dicha producción. Desde esta perspectiva, lo que se designa como superestructural es, de hecho, básico. Una noción de determinación, para Williams, debe ser pensada como un modo de ejercer presiones e imponer límites sobre la actividad humana. Estas formulaciones permiten entender más claramente las implicancias mutuas entre las actividades de la base y las de la superestructura tan características de nuestro tiempo, como las producciones de la industria cultural que son, al mismo tiempo, mercaderías comerciables y sentidos ideológicos, formantes e informantes de



nuestro modo de vida. Para el materialismo cultural, las obras de arte son puntos de encuentro entre un proyecto individual y un modo de vida colectivo que, para el caso de la sociedad contemporánea, se desenvuelven dentro de los límites y de las presiones del modo de producción capitalista.

Este modo de ver el arte implica una manera novedosa de proceder en el trabajo de análisis y crítica: las obras no son ya objetos estancos que deben descomponerse, sino, antes bien, “una actividad práctica cuya naturaleza y condiciones es tarea del análisis descubrir” (1980: 47)¹. Esta concepción expande el campo de la crítica cultural, adquiriendo mayor relevancia social: su trabajo, más que evaluar las cuestiones formales que componen a la obra, pasa a develar las estructuras que condicionan la práctica artística, proporcionando un conocimiento único acerca de aspectos fundantes en el modo de vida de una determinada sociedad.

Para proceder con este tipo de análisis, Williams despliega una serie de categorías que organizan el modo de interpretar las manifestaciones culturales. En su libro *Culture* de 1981, destaca algunas de ellas: las instituciones; las formaciones (ello es, las diferentes maneras en los artistas tienden a organizarse en escuelas, tendencias, asociaciones o grupos); los medios utilizados para la producción, desde la escritura a los medios de comunicación; las formas y su historia; las maneras en que cada sociedad tiende a organizar la producción artística. El objetivo es buscar una forma de establecer conexiones fundamentales entre esferas que, comúnmente, se consideran por separado. Así, los hallazgos de la historia general, de las historias conexas de las artes

específicas, los estudios de las características de cada obra deben ser todos pensados en su conjunto, para alcanzar así a “una comprensión más adecuada de los procesos sociales directos de la producción cultural” (1994[1981]: 79). En la medida en que las artes sean, desde esta óptica, concreciones de modos sociales de producir significados, analizarlas e interpretarlas proporcionará un conocimiento único que puede colaborar, y mucho, con aquellos interesados en esclarecer el proceso social, más allá de los velos de la ideología y del saber petrificado en compartimentos estancos con los que dicho saber académico intenta contener el necesario proceso de descripción e interpretación del curso del mundo, proyecto común a todas las disciplinas de las humanidades.

Esta concepción social de las diferentes artes demanda una nueva forma de leer esa producción. Para esta tradición, las producciones culturales evidencian formas sociales que subyacen a la apariencia empírica. La forma artística, lejos de ser –como la consideran una enorme mayoría de tendencias críticas– la creación autónoma de un espíritu genial, es una materialización de las contradicciones de una sociedad. Para Williams, arte y forma de vida son maneras diferentes de materialización, distintos modos “por lo tanto, de describir lo que es de hecho una disposición de energía y un rumbo comunes” (2017[1989]: 228). Descifrar la forma del arte equivale a capturar las contradicciones de un tiempo social, incluso las que todavía no se han decantado como contenido social e histórico, las que aún se presentan como la estructura de sentimiento de una época determinada.

1 [N. del T.] En aquellas publicaciones que no cuentan con versión en lengua española, se ha traducido la referencia.



Estructura de sentimiento es una expresión acuñada por Raymond Williams justamente para dar cuenta de esta dimensión tan característica de la obra de arte, la de poder representar formas de lo emergente, de aquellas para las que aún no tenemos nombre, pero que articulan nuevas prácticas y hábitos mentales. "La noción de estructura de sentimiento fue creada para focalizar en una modalidad de relaciones históricas y sociales que todavía eran totalmente interiores a la obra, y no deducibles mediante un ordenamiento o clasificación externa" (1979: 164). Se trata, en otras palabras, de describir la presencia de elementos en una obra de arte que no solo pueden ser descriptos formalmente o parafraseados como afirmaciones sobre el mundo: la estructura de sentimiento es la articulación de una respuesta a ciertos cambios en una organización social.

Se ve, entonces, que el análisis cultural tiene un gran valor cognitivo. Es, justamente, de este aspecto cognitivo de los estudios enfocados en la producción cultural, de donde deriva su potencial como estrategia política. Williams tuvo bien en claro que la cultura es, también, una forma de dominación. Recupera de Gramsci la noción de hegemonía, que no verá como el nivel articulado más elevado de la ideología, sino antes bien como

todo un cuerpo de prácticas y expectativas en relación con la totalidad de la vida: nuestros sentidos y dosis de energía, las percepciones definidas que tenemos de nosotros mismos y de nuestro mundo. Es un sistema vivido de significados y valores -constituyentes y constituidos- que en la medida en que son experimentados como prácticas parecen confirmarse recíprocamente. Por lo tanto, constituye un sentido de la realidad para la mayoría de las personas de una sociedad (...) es decir que, en el sentido más

firme, es una "cultura" (2009[1977]: 145-146).

Se trata, entonces, de un proceso más profundo de lo que comúnmente llamamos adoctrinamiento o manipulación.

Leer esta noción de cultura como vehículo de hegemonía en nuestros días donde, como ya Williams vio en 1977, no se puede aislar "producción" e "industria" de la producción también material de "defensa", de "ley y orden", de "bienestar social", de "entretenimiento" y de "opinión pública", causa, citando a Gramsci, un pesimismo del intelecto (Williams, 2009[1977]: 112-113). ¿Cómo oponerse a la hegemonía que crea y recrea un orden social injusto, en nuestros días de máxima expansión de la cultura, donde todo es mediado por imágenes, narrativas y construcciones, todo vehiculizado y repetido millares de veces en esos medios hoy que cargamos en nuestros bolsillos? Escribiendo en 1975, Williams decía que:

Creo que el sistema de significados y valores que la sociedad capitalista genera tiene que ser derrotado en general y, en detalle, mediante un continuo trabajo intelectual y educativo. Este es un proceso cultural que llamé la Larga Revolución y, al hacerlo, tenía en mente que era una parte de las batallas necesarias por la democracia y por la victoria económica de la clase trabajadora organizada. (1989: 76)

¿Clase trabajadora organizada? ¿Derrota de los significados y valores de la sociedad capitalista? Leídas hoy, estas palabras parecen increíblemente antiguas, y sin resonancia en nuestro presente carente de alternativas. Sin embargo, aprender con Williams no significa aprender fórmulas o recetas de lo que hay que hacer, sino aprender que la cultura, y la hegemonía, se hacen y rehacen en todo momento



histórico. Para quienes deseamos este cambio, depende de nosotros tener la claridad acerca de cómo se organiza la cultura que queremos derrotar –y, en este aspecto, es fundamental saber “leer” la producción de significados y valores en nuestros días– y recordar que cada generación brinda su posible contribución a la larga revolución. Pensar en los procesos culturales en estos términos elimina la tentación desmovilizadora, muy fuerte y convincente en días como los nuestros, de hegemonías de un solo sistema, de no poder hacer nada porque no hay salida. Esta convivencia es la expresión cultural del hecho de que

ningún modo de producción y, por lo tanto, ningún orden o sociedad dominante, es realmente capaz de abarcar la exhaustividad de la práctica social humana, la energía humana y las intenciones humanas (no se trata aquí del inventario de una “naturaleza humana”, sino, por el contrario, se trata de la enorme amplitud y variación, tanto en la práctica como en la imaginación, de la cual los seres humanos han demostrado ser capaces) (...) Es un hecho que las modalidades de dominación operan selectivamente y, por lo tanto, siempre terminan dejando fuera algo de esa exhaustividad de prácticas humanas reales y posibles. (1980: 43)

Nosotros, que vinimos después, tenemos que aprender a buscar esas brechas e intervenir en ellas. Solo así podremos llegar a ser dignos del legado de Williams.

Referencias bibliográficas

- JAMESON, Fredric (2001[1994]). *Las semillas del tiempo*. Madrid: Trotta.
- JAMESON, Fredric (2012[1991]). “La lógica cultural del capitalismo avanzado”. En: Jameson, Fredric. *Posmodernismo. La lógica cultural del capitalismo avanzado*. Vol. 1. Traducción de Martín Gilkson. Buenos Aires: La Marca Editora, pp. 31-98.
- LEAVIS, F.R. (1930). “Mass Civilization and Minority Culture”. En: Leavis, F.R. *Mass Civilization and Minority Culture*. Cambridge: Minority Press, pp. 3-30.
- MARX, Karl (2019[1859]). “Contribución a la crítica de la economía política (Prólogo)”. En: Marx, Karl. *Antología*. Traducción de Pedro Scaron y otros. Selección de Horacio Taurus. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI, pp. 247-252.
- WILLIAMS, Raymond (1979). *Politics and Letters*. Londres: New Left Books.
- WILLIAMS, Raymond (1980). “Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory”. En: Williams, Raymond. *Problems in Materialism and Culture*. Londres: Verso, pp. 31-49.
- WILLIAMS, Raymond (1981). *Culture*. Londres: Fontana.
- WILLIAMS, Raymond (1989). “You are a Marxist, aren’t you?”. En: Williams, Raymond. *Resources of Hope. Culture, Democracy, Socialism*. Londres: Verso, pp. 65-76.
- WILLIAMS, Raymond (1994[1981]). *Sociología de la Cultura*. Traducción de Graziella Baravalle. Buenos Aires: Paidós.
- WILLIAMS, Raymond (2001[1958]). *Cultura y sociedad. 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Nueva Visión.
- WILLIAMS, Raymond (2008[1958]). “La cultura es algo ordinario”. En: Williams, Raymond. *Historia y cultura común*. Traducción de Ricardo García Pérez. Madrid: Libros La Catarata, pp. 37-62.
- WILLIAMS, Raymond (2009[1977]). *Marxismo y literatura*. Traducción de Guillermo David.



Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta.

WILLIAMS, Raymond (2017[1989]). "El futuro de los estudios culturales". En: Williams, Raymond. *La política del modernismo*. Traducción de Constanza Gho. Buenos Aires: Godot, pp. 227-243.

El presente artículo ha sido traducido al español por el Dr. Ariel Gómez Ponce.

Fecha de recepción: 7 de marzo de 2021.

Fecha de aceptación: 25 de junio de 2021.